

tin à observar la disposicion, gente y lugares de aquella ribera. Ocampo siguió quince leguas, vió como entraban muchos rios en aquel, y volvió al cuarto diciendo, que la tierra era ruia y desierta: fué creido aunque no supo lo que dijo. Sacó Garay con esto à tierra cuatrocientos españoles y los caballos, mandó que los navios fuesen costa à costa con Juan de Grijalbal y el caminó ribera del mar Panuco en orden de guerra: anduvo tres dias por despoblado y por unas malas cienegas, pasó un rio que llamó *Montalto*, por correr de grandes sierras; á nado y en balzas entró en un gran lugar vacio de gente mas lleno de maiz, agua y arroz: arredeó una gran laguna, y luego hizo mensageros con unos de los de Chiapa que prendió, y sabian el castellano à un pueblo para que lo recibiesen de paz. Allí los hospedaron y bastecieron à Garay de pan, fruta y aves que toman en las lagunas. Los soldados se medio amotinaron porque no les dejaban saquear: pasaron otro rio ercrido donde se ahogaron ocho caballos, metieronse luego por unos lagunejos que pensaron no salir, y si hubiera por allí gente de guerra no escapara hombre de ellos: aportaron en fin, à buena tierra despues de haber sufrido mucha hambre, muchas trabajos, muchos mosquitos, chinches y murciélagos que se los comian vivos: llegaron à Panuco, que tanto deseaban, mas no hallaron que comer à causa de la guerra pasadas que tuvo allí Cortés, ó como ellos pensaban, por haber azado las vituallas los contrarios que estaban de la otra parte del rio, por lo cual y como no parecian los navios que traian los bastimentos, se derramaron los soldados à buscar de comer y ropa, y Garay envió a Gonzalo de Ocampo à saber que voluntad le tenian los Cortés que estaban en *Santiestevan* del Puerto, el cual volvió diciendo que era bueno y que podia ir allí, pero él se engañó o lo engañaron, y así engañó à Garay que se acercó à los contrarios mas de lo que debiera, y decia à los indios que le favoreciesen, porque venia à castigar à aquellos soldados de Cortés que les habian hecho enojo y daño. Salieron los de *Santiestevan* à escondidas, sabian la tierra, y dieron en los de à caballo de Garay que estaban en Nachápalan, pueblo muy grande, y prendieron al capitán Alvarado con otros cuarenta por usurparadores de la tierra y ropa agena, de lo cual recibió Garay mucho daño y enojo, y como se perdieron cuatro naos, aunque las otras surgieron à la boca de Panuco, comenzó à temer la fortuna de Cortés: envió à decir Pedro de Vallejo teniente de Cortés, que venia à poblar con poderes y licencia del emperador, que le volviese sus hombres y caballos. Vallejo le respondió que le mostrase las provisiones para crearlo, y requirió à los maestros de las naos que entrasen al puerto, no recibiesen el daño que las otras veces pasadas viniendo tormenta, y si no

lo hacian. que los tendrian por corsarios; mas él y ellos repliaron que no lo querian hacer, sino que harian lo que les conviniese.

CAPITULO 43.

La muerte del adelantado Francisco de Garay.

Pedro de Vallejo avisó à Cortés de la ida y armada de Garay enviendola, y luego de lo que con él habia pasado, para que proveyese con tiempo de mas compañeros, municiones y consejo. Cortés como lo supo dejó las armadas que habia para Higuera, Chiapa y Quauthemallan, y aderezose para ir à Panuco aunque malo de un brazo, y ya que queria partirse llegaron à México Francisco de las Casas y Rodrigo de paz con cartas del emperador, y con las provisiones de la gobernacion de la nueva España y todo lo que hubiese conquistado, y nombradamente à Panuco por las cuales no fué mas: envió à Diego de Ocampo su alcalde mayor con aquella provision, y à Pedro de Alvarado con mucha gente: anduvieron en demandas y respuestas Garay y Obando: uno decia que la tierra era suya, pues el rey se la daba; otro que no, pues el rey mandaba que no entrase en ella teniendola poblada Cortés, tal era la costumbre en Indias, de suerte que la gente de Garay padecia entretanto, y deseaba las riquezas de los contrarios, aunque parecia à manos de indios. Los navios se comian de broma y estaban à peligro de fortuna, por lo cual ó por negociacion Martin de san Juan Guipuzcoano, y un Castro Mocho maestros de naos, llamaron à Pedro de Vallejo secretamente, y les dieron las suyas: él como las tuvo requirió à Grijalva que surgiese dentro del puerto segun usanza de marineros ó se fuese de allí, Grijalva respondió con tiros de artilleria; mas como tornó Vicente Lopez escribano, à requerirle otra vez, y vió que la otras naves se entraban en el rio, surgio en el puerto con la capitana: prendiólo Vallejo, mas luego lo soltó Obando, y se apoderó de los navios que fué lo mismo que desarmar y deshacer à Garay, el cual pidió sus navios y gente mostrando su provision real, y requiriendo con ella y diciendo que se queria ir à poblar en el *rio de Palmas*, y se quejaba de Gonzalo de Ocampo que le dijo mal del dicho rio, y de los capitanes del ejército y oficiales de consejo que no le dejaron poblar allí en desembarcando como él queria, por no trabar mas cuestion con Cortés que estaba próspero y bien quisto. Diego de Ocampo, Pedro Vallejo y Pedro de Alvarado le persuadieron que escribiese à Cortés en consierto ó se fuese à poblar en el rio de Palmas, pues era tan buena tierra como la de Panuco, que ellos le volverian sus na-

vios, hombres &c. y le bastecerian de vituallas y armas. Garay escribió y aceptó aquel partido, y así se pregonó luego que todos se embarcasen en los navios que fueron, sólo pena de azotes al peon, y que á los otros de las armas y caballo, que les habian comprado se les volviesen. Los soldados como esto vieron comenzaron á murmurar y á desertar, unos se metieron en la tierra adentro, que los mataron los indios; otros se escondieron, y así se disminuyó mucho el ejército, los otros tomaron por achaque que los navios estaban podridos y abromados, y dijeron que no eran obligados á seguirle mas de hasta llegar á Panuco, ni querian ir á morir de hambre como habian hecho algunos de la compañía: Garay les rogaba que no le desamparasen; prometiéndoles grandes cosas, recordables el juramento hecho, y ellos á hacerse sordos: anochecian y no amanecian, y hubo noche que se fueron cincuenta. Garay desesperado con esto envió á Pedro Cano y á Juan de Ochoa con cartas á Cortés en que le encomendaba su vida, su honra y remedio, y en teniendo respuesta se fué á México: Cortés mandó que le proveyesen por el camino, y él le hospedó muy bien: capitularon (después de haber dado y tomado muchas quejas y disculpas), que casase el hijo mayor de Garay con doña Catalina Pizarro hija de Cortés, niña y bastarda, á quien habia habido en una noble señora india mexicana llamada doña Elvira, ó según dice el señor don Hernando de Alvarado Tezozomocin la dicha doña Catalina Pizarro descendiente de la real sangre de los reyes, que era bisnieta del viejo Moctheusoma, y Illuicamina primero de este nombre y cuarto rey que fué de México Tenochtitlan): que Garay poblase en las Palmas, y Cortés le proveyese y ayudase, con lo que se reconciliaron en grande amistad: fueron ambos a mañanas noche de Navidad del año de mil y quinientos veinte y tres, almorzaron tras la misa con mucho regozigo. Garay sintió luego dolor en el costado con el aire que le dió al salir de la iglesia, é hizo testamento, dejó por albacea á Cortés, y murió quince dias después, otros dicen que cuatro: no faltó quien dijese que le habian ayudado á morir, porque posaba con Alonso de Villanueva; pero fué falso porque murió de mal de costado, y así lo juraron el doctor Ojeda y el licenciado Pedro Lopez, medicos que lo curaron. Así acabó el adelantado Garay, pobre, descontento, en casa ajena, en tierra de adversario, pudiendo (si se contentára) morir rico y alegre en su casa, á par de sus hijos y muger.

La pacificacion de Panuco.

Como Francisco de Garay se fué á México, hizo Diego de Ocampo salir de Santiestevan con público pregon los capitanes y hombres principales del ejército de Garay, porque no revolviessen la tierra y la gente, que muchos de ellos eran grandes amigos de Diego Velasquez, como decir Juan de Grijalba, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina, Juan de Avila, Antonio de la Cerda y otros muchos, por lo cual y por verse sin cabeza, bien que estaba allí un hijo de Garay, comenzó la hueste á desmandarse sin rienda ninguna, é ibanse á los lugares, tomaban la ropa y mugeres que podian: en fin andaban sin orden ni concierto. Enojados los indios de ello se concertaron de matarlos y en breve tiempo mataron y comieron cuatrocientos españoles. En solo *Tamiquistli*, degollaron ciento de lo cual tomó tanto enojo Garay que apresuró su muerte, y los indios tanta osadía que combatieron á Santiestevan y la pusieron á punto de perderse; mas como los de dentro tuvieron lugar de salir al campo, los desbarataron después de haber peleado muchas veces. En Tuzetuco quemaron una noche cuarenta españoles y quinientos caballos de Fernando Cortés, el cual luego que lo supo envió allá á Gonzalo de Sandoval con cuatro tiros, cincuenta de á caballo, cien infantes españoles y dos señores mexicanos, cada uno con quince mil indios é indias (nombro indias porque siempre que Cortés ó sus capitanes iban á la guerra llevaban en el ejército muchas mugeres para panaderas y para otros servicios, y muchos indios no querian ir sin sus mugeres ó amigas) caminó Sandoval á grandes jornadas, peleó dos veces con los de aquella provincia de Panuco, rompiólos, y entró en *Santiestevan* donde ya no habia mas de veinte y dos caballos y cien españoles, y si tardara algo mas no los hallara vivos, tanto por no tener que comer, como por ser mucho y recio combatidos: hizo luego Sandoval tres compañías de los españoles, que entrasen por tres partes la tierra adelante, matando, robando y quemando cuanto hallasen. En poco tiempo se hizo mucho daño, porque se abrasaron muchos lugares, y se mataron infinitas personas: prendieron sesenta señores de vasallos, y cuatrocientos hombres ricos y principales sin otra mucha gente baja. Hizose proceso contra todos ellos, por el cual y por sus propias confesiones les condenó á muerte de fuego: consultóla con Cortés, soltó la gente menuda, quemó los *cuatrocientos cautivos* (51) y los sesenta señores, llamó sus hijos y

[51] Este es el conquistador mas humano ¿que tales serian los demas?

herederos que los viesen para que escarmentasen, y luego les dió el señorío á nombre del emperador, con palabra que dieron de ser siempre amigos de los cristianos y españoles, aun que ellos poco la guardan; tanto son de mudables y bulliciosos, pero se allanó con Panuco.

CAPITULO 45.

Los trabajos del licenciado Alonso de Zuaso.

Partiendo el licenciado Zuaso del cabo de san Anton en Cuba para la nueva España, le dió temporal que desatinó al piloto de la carabela y se perdió en las vitoras, donde algunos fueron comidos de tiburones y lobos marinos. y el licenciado y otros de su compañía se mantuvieron de tortugas, peses como adargas y que se llevaba cada una dos hombres sobre la concha andando, y que ponen en tierra quinientos huevos pequeños, pero comianlo todo crudo á falta de lumbre. En otra isleta estuvo muchos dias, que se mantuvo de aves crudas y de la sangre por bebida, donde con la sed y calor grandísimo por poco pereciera; mas sacó lumbre con palos segun los indios sacan, que le aprovechó mucho: en otra parte sacó agua con grandísimo trabajo, y quemó leña cubierta de piedra, cosa nueva: hizo una barquilla de la madera de la la carabela quebrada, en la cual envió aviso de su desventura á Cortés con Francisco Ballester, Juan de Arenas y Gonzalo Gomez que prometieron castidad perpetua por la tormenta, y un indio que agotase la barquilla, los cuales fueron á dar cerca de Aquiahuiztlan, y luego á la Veracruz y despues á Medellin donde aparejó Diego de Ocampo un navio y se lo dió para ir por Zuaso, y lo mandó Cortés en sabiendolo, y que si allí viniese Zuaso que lo proveyesen muy bien, y tras esto envió un criado á esperarlo en Medellin. Cuando llegó dicho licenciado le dió diez mil castellanos vestidos y caballerias para que se fuese á México donde fué bien recibido y aposentado de Fernando Cortés, de manera que su desdicha paró en alegría.

CAPITULO 46.

La conquista de Utlatlan que hizo Pedro de Alvarado.

Aviendose dado por amigos tras la destruccion de México los de Cuauhtemallan, Utlatlan, Chiapa y Xóconuxco y otros pueblos á la costa del Sur enviaron y aceptaron presentes y embajadores, mas como son mudables no perseveraron en la amistad, antes hicieron guerra á otros, porque perseveraron, por lo cual y hallar por alli ricas tierras y estrañas

gentes, envió Cortés contra ellos á Pedro de Alvarado. Dióle trescientos españoles con cien escopetas, ciento y setenta caballos, cuatro tiros y ciertos señores de México con alguna gente de guerra y de servicio por ser el camino largo. Partió pues Pedro de Alvarado á seis dias del mes de diciembre, año de mil quinientos veinte y tres: fueron por Tehuantepec á Xóconuxco, por allanar ciertos puertos que se habian rebelado. Castigó muchos rebeldes, dandolos por esclavos despues de haberlos requerido mucho y aconsejado: peleó muchos dias con los de *Zapatullen*, que es un muy grande y fuerte pueblo, donde fueron heridos muchos españoles y algunos caballos, y muertos infinitos indios de entrambas partes: de *Zapatullen* fué á Quezaltenango en tres dias, el primero pasó dos rios con mucho trabajo, el segundo un puerto muy agrio y alto que duró cinco leguas en un rebenton, en el cual halló una muger y un perro sacrificados, que segun los interpretes y guias, dijeron era desafio: peleó en una barranca con hasta cuatro mil enemigos, y mas adelante en un llano con treinta mil, y á todos los desbarató: no paraba hombre con hombre, en viendo junto á sí algun caballo, animal que jamas habian visto. Tornaron luego á pelear con él junto á unas fuentes, y tornólos á romper: rehicieronse á la falda de una sierra y revolvieron sobre los españoles con gran grito, animo y osadia, que hubo muchos que esperaban á uno y á dos caballos, y otros que por ir al caballero se hacian á la cola del caballo, mas al fin hicieron tal estrago en ellos los caballos y escopetas, que huyeron gentilmente. Alvarado los siguió gran rato y mató muchos en el alcance: murió un señor de cuatro que son en Utlatlan que venia por capitán general de aquel ejército. Murieron algunos españoles, y quedaron heridos muchos caballos, otro entró en Quezaltenango y no halló persona dentro: refrezcose allí y corrió la tierra. Al sexto vino un gran ejército de quezaltenancos muy en consierto á pelear con los españoles, Alvarado salió á ellos con noventa de á caballo y con doscientos de á pie y un buen escuadron de amigos. Pusose en un llano muy grande á tiro de arcabus del real, por si fuese menester socorro: ordenó cada capitán su gente segun la disposicion del lugar, y luego aaremetieron entrambas clases, y la nuestra venció á la otra, los de á caballo siguieron el alcance mas de dos leguas, y los peones hicieron una increíble matanza al pasar un arroyo: los señores, capitanes y otros muchas personas señaladas, se refugiaron á un cerco peleando, y asi fueron presos y muertos. De que los señores de Utlatlan y Quezaltenanco vieron la destruccion, convocaron los vecinós y amigos y dieron parias á sus enemigos por que les ayudasen, y asi tornaron á juntar otro muy grueso campo. Enviaron á decir á Pedro de Alvarado que querian ser sus amigos y dar de nuevo obediencia

al emperador que se fuese á Utlatlan: todo era cautela para tomar dentro los españoles y quemarlos una noche, que la ciudad es fuerte en demasia y las calles angostas, las casas espesas, y no tiene sino dos puertas la una con treinta escalones de subida, y la otra con una calzada que ya tenían cortadas por muchas partes para que los caballos no pudiesen correr ni servir. Alvarado los creyó y fué allá, mas como vió desecha la calzada y la gran fortaleza del lugar y no mugeres, sospechó la ruindad y saliose fuera, pero no tan presto que no recibiese mucho daño. Disimuló el engaño, trató con los señores y fué, como dicen, á un traidor dos alevosos, por que buenas palabras y con dádivas los aseguró y prendió, pero no por eso cesaba la guerra, antes andaba mas recia porque tenían á los españoles como cercados que no podían ir por yerba ni leña sin escaramusear, y mataban cada dia indios y aun españoles, estos no podían correr ni talar la tierra para quemar los panes y huertas por las muchas y hondas barraneas que alrededor del fuerte habia: asi pareciendole á Alvarado el mejor medio para ganar la tierra quemó los señores que tenia presos, y publicó que quemaria la ciudad: para esto y para saber que voluntad le tenían los de Quauhquemallan les envió á pedir ayuda, y ellos se la dieron de cuatro mil hombres con los cuales y con los demas que él tenía, dió tal prisa á los enemigos que los echó de su propia tierra: vinieron luego los principales de la ciudad y comun á pedir perdón y á darse. Echaron la culpa de la guerra á los señores quemados, la cual ellos tambien habian confesado, antes que los quemasen. Alvarado los recibió con juramento que hicieron de lealtad: soltó dos hijos de los señores muertos que tenia presos, y dióles el estado y mando de los padres, y así se sujetó aquella tierra y se pobló Utlatlan como primero estaba: otros muchos prisioneros se herraron y se vendieron por esclavos, y de ellos se dio el quinto al rey y lo cobró el tesorero de aquel viaje Baltazar de Mendoza. Es aquella tierra rica, de mucha gente, de grandes pueblos, abundante de mantenimientos, hay sierras de alumbre, y de un licor que parece aceite, y de azufre tan excelente que sin refinar ni otra cosa hicieron nuestros arcabuceros muy buena polvora. Esta guerra de Utlatlan se acabó á principio de abril el año de mil quinientos veinte y cuatro, vendiendose en ella la docena de herraduras en ciento y noventa castellanos.

CAPITULO 47.

La conquista de Quauhquemallan.

De Utlatlan fué Alvarado á Quauhquemallan donde fué recibido muy bien y hospedado: estaba siete leguas de alli una

ciudad muy grande y á orilla de una laguna que hacin guerra á Quauhquemallan y Utlatlan y á otros pueblos. Alvarado envia allá dos hombres de Quauhquemallan á rogarles que no hiciesen mal á sus vecinos que los tenia por amigos, y á requerirles con su amistad y paz, y ellos confiados en la fuerza del agua y multitud de canoas que tenían, mataron los mensajeros sin temor ni verguenza: él entonces fué allá con ciento y cincuenta españoles, y otros setenta de á caballo y muchos indios de Quauhquemallan, y no lo quisieron recibir, ni aun hablar: caminó cuanto pudo con treinta caballos la orilla de la laguna ácia un peñol poblado dentro dentro en agua, vió luego un escuadron de hombres armados, acometiólos, rompólo, y siguiólo por una estrecha calzada donde no podía ir á caballo: apearonse todos y á vueltas de los contrarios encontraron en el peñol. Llegó luego la otra gente, y en breve tiempo lo ganaron y mataron mucha de ella: los otros se echaron al agua y á nado se pasaron á una isleta, saquearonle y se salieron á un llano lleno de maizales donde asentaron real, y durmieron aquella noche: otro dia entraron en la ciudad que estaba sin gente, maravillaronse de como lo habian desamparado siendo tan fuerte, y fué la causa perder el peñol que era su fortaleza, y ver que donde querian entraban los españoles. Corrió Alvarado la tierra, prendió ciertos hombres de ella, y envió tres de ellos á los señores á rogarles que viniesen de paz, y serian bien tratados, donde no que los perseguiria y les talaria sus huertas y labranzas: respondieron que jamás su tierra habia sido hasta entonces sujeta de nadie por fuerza de armas; pero que pues él lo habia hecho tan de valiente, ellos querian ser sus amigos, y así vinieron y le tocaron las manos, y quedaron pacíficos y servidores de los españoles. Alvarado se tornó á Quauhquemallan y de allí á tres dias vinieron á él todos los pueblos de aquella laguna con presentes, á ofrecerle sus personas y haciendas, diciendo que por amor suyo y por quitarse de guerra y enojo con sus vecinos querian paz con todos: vinieron asimismo otros muchos pueblos de la costa del Sur á darse porque les favoreciese, y dijeronle como los de la provincia de Izcuintepac no dejaban pasar á nadie por su tierra que fuese amigo de españoles. Alvarado fué á ellos con toda su gente, durmieron tres noches en despoblado y luego entró en el término de aquella ciudad, y como ninguno tenia contratacion con ella, no habia camino abierto mayor que senda de ganados, y aquel todo serrado de espesas arboledas. Llegó al lugar sin ser visto, tomóles en las casas que por la gran agua que caia no habia ninguno por las calles: mató y prendió algunos, los vecinos no se pudieron juntar ni armar, como fueron asaltados, y así huyeron los mas, los otros que esperaron y se hicieron fuertes en ciertas casas mataron muchos de nuestros

indios é hirieron algunos españoles. Quemó el pueblo, avisó al señor que haria otro tanto en las sementeras, y aun á ellos si no daban la obediencia: el señor y todos vinieron luego y dieron-sele: en esto se detuvo allí ocho dias, y acudieron á él todos los pueblos de la redonda ofreciendole su amistad, y servicio de Izquintepec. Fué Alvarado á Caetipar que es de lengua diferente, y de allí á Taxixco, y luego á Nancedelan. Mataron en este camino muchos de nuestros indios rezagados, tomaron mucho fardaje y todo el herrage é hilado para las ballestas, que no fué chica pérdida: envió tras ellos á Jorge de Alvarado su hermano con cuarenta de á caballo; mas no le pudo cohrar por mas que corrió. Todos estos de Nancedelan traian sendas campanillas en las manos: peleando estuvo en aquel pueblo mas de ocho dias, pero no pudo atraer los moradores á su amistad, y fuese á Nopilcalanco que le rogaban con ella pero con traicion para matarle seguro: halló él en camino muchas flechas hincadas por el suelo, y á la entrada del lugar ciertos hombres que hacian cuartos un perro, lo uno y lo otro era señal de guerra y enemistad: vió luego gente armada, peleó con ella hasta sacarla del pueblo, siguióla, mató mucha, fué á Nopicalanco y de allí á Acayucatl donde está la mar del Sur, y antes de entrar dentro halló el campo lleno de hombres armados, que sabiendo su venida le atendian para pelear con gentil semblante. Pasó por cerca de ellos, y aunque llevaba doscientos y cincuenta españoles á pie, ciento de á caballo y seis mil indios, no se atrevió á romper en ellos porque los vió fuertes y bien ordenados. Mas ellos en pasando le arremetieron hasta trabar de los estrivos y colas de los caballos. Revolvieron los de á caballo y luego todo el cuerpo del ejército, y casi no dejaron ninguno de ellos vivo, porque pelearon bravamente sin tornar un paso atrás, como por llevar pesadas armas, que en callendo no se podian levantar, y huir con ellas era por demas. Eran aquellas armas unos sacos con mangas hasta los pies de algodon torcido, duro y tres dedos de gordo. Parecian bien con los sacos, como eran largos, blancos y de colores, con muy buenos penachos que llevaban en las cabezas: traian grandes flechas, y lanzas de treinta palmos, este dia quedaron muchos españoles heridos, y Pedro de Alvarado cojo, porque de un flechazo que le dieron en una pierna le quedó mas corta que la otra cuatro dedos: peleó despues con otro ejército mayor y peor porque traian larguisimas lanzas y enarboladas; mas tambien lo venció y destruyó. Fué á Mahuatlan y de allí á Athlechuan donde vinieron á darsele de *Cuittlchan*, pero con mentiras por descuidarle, que su intencion era matar los españoles porque como eran tan pocos pensaban todos facilmente poderlos sacrificar. Alvarado supo su mal proposito y rogóles con la paz. Ellos se ausentaron de la

ciudad y estuvieron muy rebeldes haciendole guerra, en la que le mataron once caballos que se pagaron con los cautivos, que se vendieron por esclavos: estuvo allí cerca de veinte dias sin poderlos atraer, y se tornó á Quauhtemallan. Anduvo Pedro de Alvarado de este viaje cuatrocientas leguas de trecho, y casi no hubo despojo ninguno: pero pacificó y redujo á su amistad muchas provincias. Padeció mucha hambre, pasó muchos trabajos, grandes rios tan crecidos que no se dejaban vadear. Parecióle tan bien a Pedro de Alvarado la disposicion de aquella tierra de Quauhtemallan, y la manera de la gente que acordó quedarse allí y poblar segun la orden é instruccion de Cortés. Y así fundó una ciudad y llamóla Santiago de Quauhtemallan. Eligió dos alcaldes, cuatro regidores y todos los otros oficios necesarios á la buena gobernacion de un pueblo. Hizo una iglesia del mismo nombre, donde ahora está la silla del obispado de Quauhtemallan: encomendó muchos pueblos á los vecinos y conquistadores y dió cuenta á Cortés de todo su viaje y pensamiento, y él le envió otros doscientos españoles y confirió los repartimientos, y ayudó á pedir aquella gobernacion.

CAPITULO 48.

La guerra de Chamolla.

A ocho de diciembre del año de veinte y tres envió Fernando Cortés á Diego de Godoy con treinta de á caballo y cien españoles á pie, dos tiros y mucha gente de amigos á la villa del Espiritu Santo contra ciertas provincias de allí cerca que estaban rebeladas: no les dió mas gente por estar aquella tierra entre Chiapa y Quauhtemallan donde iba Pedro de Alvarado, y entre Higueras á donde luego habia de ir Cristobal de Olid. Diego de Godoy fué é hizo su camino muy bien, y con el teniente de aquella nueva villa hizo algunas entradas y correrias. Llegó luego á Chamolla que es un pueblo cabecera de provincia, fuerte y puesto en un cerro donde los caballos no podian subir, y tiene una cerca de tres estados en alto, la mitad de tierra y piedra y la otra media de tablones: combatióla dos dias arreo á muy gran peligro y trabajo de sus compañeros, tomóla en pie porque los vecinos alzaron su ropa, y huyeron viendo que no podian resistir. Al principio del combate echaron un pedazo de oro por encima del adarve á los españoles, burlandose de su codicia y locura y dijeron que entrasen porque de aquello que tenian mucho para irse, arrimando muchas lanzas á la cerca porque los de fuera pensasen que no se iban: pero ni aun con todo esto lo pudieron hacer sin que primero lo supiesen los nuestros, los cuales entraron, mataron y prendieron á muchos de ellos, en especial mu-

geres y muchachos: no fué grande el despojo, pero fué mucho el bastimento que allí se tomó. La principal arma eran lanzas y unos pabeses rodados de algodón hilado con que cubren todo el cuerpo y que para caminar arrollan y para pelear estendiénden. Chiapa Huehneztlan y otras provincias y ciudades se visitaron y hallaron en esta jornada de Godoy, pero no hubo cosas notables.

CAPITULO 49.

La armada que Cortés envió á Higueras con Cristobal de Olid.

Deseaba Cortés poblar á Higueras y Honduras que tenían fama de mucho oro y buena tierra, aunque eran lejos de México. Mas como habia de ir la gente por mar era facil la jornada, quizo enviar allá antes que Francisco de Garay llegase á Panuco, pero no pudo por no perder aquel rio y tierra que tenia poblada. Como se vió libre de tan poderoso competidor y tuvo cartas del emperador dadas en Valladolid á seis de julio de veinte y tres, en que le mandaba buscar por ambas costas de mar el estrecho que decian, armó de proposito. Dió siete mil castellanos de oro á Alonso de Contreras para que fuese á comprar en Cuba, caballos, armas y bastimentos y hacer gente, y despachó luego á Cristobal de Olid con cinco naves y un bergantín bien artilladas y pertrechadas, y cuatrocientos españoles y treinta caballos mandandole ir á la Habana á tomar los hombres, los caballos y vituallas que Contreras, tuviese, y que poblase en cabo de Higueras y enviase á Diego Hurtado de Mendoza su primo á costear desde allí á Darien para descubrir el estrecho que todos decian, como el emperador mandaba. Dióle sin esto instruccion de lo demas que debia hacer, y con tanto se partió Cristobal de Olid de Chalehicoecan á once de enero del año de veinte y cuatro segun unos, y Cortés envió dos navios á buscar el estrecho de Panuco á la florida, y mandó que tambien fuesen los bergantines de Zacatollan hasta Panamá, bu-cando muy bien el estrecho por aquella costa, más se habian quemado cuando el mandato llegó, y así cesó aquella demanda.

CAPITULO 50.

La conquista de los Zapotecas.

Los zapotecas y mixtecas que son grandes provincias y guerreras, se apartaron de la obediencia que dieron á Cortés, como fué México destruido, y atrajeron otros muchos pueblos

contra los españoles de que se les siguieron muertes y daños. Cortés envió allá á *Rodrigo Rangel* el cual por no llevar caballos por las aguas, ó por ser aquellas gentes valientes no las pudo domar, antes perdió en la jornada algunos españoles y les dejó mayor animo que antes tenían, por lo cual talaron y robaron muchos pueblos amigos y sujetos á Cortés, que se le quejaron mucho pidiendo remedio y castigos. Cortés tornó á enviar contra ellos al mismo Rangel con ciento y cincuenta españoles, que caballos no los sufre aquella tierra para pelear, y con muchos de Tlaxcallan y México. Fue pues Rodrigo Rangel á cinco de enero del año de veinte y cuatro, llevó cuatro tiros, hizoles muchos requerimientos, y como no escuchaban hizoles mucha guerra en que mató y cautivó gran número de ellos, y los herró y vendió por esclavos. Hallóles mucha ropa y oro que trajo á México, dejólos tan castigados y llanos que nunca mas se rebelaron. Otras entradas y conquistas hizo Cortés por sí y por sus capitanes, pero estas que he contado son las mas principales, y que sujetaron todo al imperio mexicano y otros muchos y grandes reinos que se incluyen en lo que llaman nueva España, como Quauhquemallan, Panuco, Xalisco y Honduras que son gobernaciones por sí.

CAPITULO 51.

La reedificacion de México.

Quiso Cortés reedificar á México, no tanto por el sitio y magestad del pueblo, cuanto por el nombre y fama, y por hacer lo que el deshecho, y así trabajó en que fuese mayor y mejor y mas poblado. Nombró alcaldes, regidores, almontasenes, procuradores, escribanos, alguaciles y los demas oficios que ha de menester un consejo: trazó el lugar, repartió los solares entre los conquistadores, habiendo señalado suelo para iglesias, plazas, *atarazanas* y otros edificios públicos y comunes: mandó que el barrio de Españoles fuese apartado del barrio de los Indios, y así los ataja el agua: procuró traer muchos indios para edificar á menos costa, lo cual tuvo al principio dificultad por andar muchos señores parientes de don Hernando Cuauhtimóc y otros prisioneros amotinados, y procurando matarle con todos los capitanes por librar á su rey: buscó manera como prenderlos y castigarlos, los demas holgaron de ir con el tiempo. Hizo señor de Tezcoco á don Carlos Ixtlixuchitl con voluntad y pedimento de la ciudad por muerte de don Hernando Tecoxcolcin su hermano, y mandóle traer para la obra los mas de sus vasallos por ser carpinteros, canteros y obreros de casas. Dió y prometió solares y heredamientos, franquezas y otras mercedes á los naturales de México y á todos cuantos viniesen á morar y poblar allí, que convidó muchos á venir: soltó á don Juan Velasquez *Tlacotzin Xihuacatl* capitana general,

dióle cargo de la gente y edificio, y el señorío de un barrio que es donde ahora está la iglesia del glorioso y gran patriarca de monjes san Antonio Abad, que llaman *Xoloco* y *Acatlan*. Dió tambien otro barrio á don Pedro Mochteuzoma Tlacahuepan, por ganar las voluntades á los mexicanos, y porque era hijo del gran rey, y monarca de esta tierra Mochteuzoma. El dicho barrio que le dieron á don Pedro Mochteuzoma Tlacahuepan es donde ahora está la iglesia de *san Sebastian* primer monasterio de los padres descalzos de la orden de nuestra Señora del Carmen que llaman *Azacoulco*. Hizo señores á otros caballeros de *istas* y calles para que las poblasen, y así les repartió el sitio, y ellos se repartieron los solares y tierras á su placer, y comenzaron á edificar con gran diligencia y alegría. Cargó tanta gente á la fama que México Tenuchtitlan se rehacia, y que habian de ser francos los vecinos que no cabian de pies en una legua á la redonda; trabajaban mucho, comian poco, y enfermaron: sobrevino pestilencia y murieron infinitos (52). El trabajo fué grande pues traian á cuestras ó arrastrando la piedra, la tierra la madera, cal, ladrillos y todos los otros materiales; pero era mucho de ver los cántares y musicas que tenian, el apellidar su pueblo y señorío, y el motejarse unos á otros. De la falta de comer fué causa el cerco y guerra pasada por que no sembraron como solian, y la muchedumbre causaba hambre, y causó pestilencia y mortandad. En poco rehicieron á México de cien mil casas mejores que las de antes, y los españoles labraron muchas y buenas á nuestra moda, y Cortés una en otra de Mochteuzoma, que renta cuatro mil ducados ó mas, que es un lugar. Pánfilo de Narvaez lo acusó por ella diciendo que taló para hacerla los montes, y que le puso siete mil bigas de cedro. En España parece mucho, pero allá que son los montes de cedro no es nada: huerto hay en Tezcoco que tiene mil cedros por tapias y cercas (53). No es de callar que una bi-

[52] *Cumplióse la profesia de los mexicanos dicha á los millares de zapadores que trajo Cortés cuando el asedio de México... Destruid bellacos [les decian] que si nosotros vencieremos haremos que redifiqueis esta ciudad, y si los españoles, ellos os la haran reponer... Yo digo á los escritores y partidarios del día: insultaos, provocaoos mutuamente hasta veros en anarquía, pero sabed que el fruto de vuestras desazones quien lo cojerá serán los gachupines, ó algun americano osado y feliz que se erija en tirano vuestro y os domine á su placer... Seguid, miserables! caminais para la esclavitud mas que de trote.*

[53] *Ya no; todo está talado, y los congresos no piensan en hacer reglamentos para bosques, que es un dolor: apenas hay dos cedros junto á una capillita á la entrada por el Sur.*

ga de cedro tenga ciento y veinte pies de largo y doce de gordo de cabo á cabo, y no redonda sino cuadrada, la cual estaba en Tezcoco en casa de Cacama. Labraronse unas muy buenas atarazanas para seguridad de los bergantines y fortaleza de los hombres, parte en tierra y parte en agua y de tres naaves, donde por memoria estan hoy trece bergantines: no abrieron las calles de agua como antes eran, sino edificaron un suelo seco, y este no es México el que solia, y aun la laguna va descreciendo del año de veinte y cuatro acá, y algunas veces hay hedor; pero por lo demas es de sanísima vivienda templada por la sierras que tiene alrededor, y abastecida por la fertilidad de la tierra y comodidad de la laguna, y así es aquello lo mas poblado que se sabe, y México la mayor ciudad del mundo y la mas ennoblecida de las Indias así en armas como en policia; porque hay dos mil vecinos españoles que tienen otros tantos caballos en caballerizas con otros tantos jaeces y armas, y porque hay mucho trato y oficiales de seda y paño, vidrio y moneda, y estudios que llevó el virey don Antonio de Mendoza, por lo cual tienen razon de preciarse los vecinos de México, aunque hay gran diferencia de ser vecino conquistador á ser vecino solamente. Pues como fué México hecho, aunque no acabado, se puso Cortés á morar en él desde Culhuacan, ó como dicen otros Coyoacán, y los que eran vecinos y los soldados: corrió la fama de Cortés y grandeza de México, y en poco tiempo hubo tantos indios como queda dicho, y tantos españoles que pudieren conquistar cuatrocientas y mas leguas de tierra, y evantas provincias se han nombrado, gobernandolo todo allí Fernando Cortés.

CAPITULO 52.

De como atendió Cortés á enriquecer la Nueva España.

No le parecia á Cortés que la gloria y fama de haber conquistado la nueva España con los otros reinos fuese cumplida si no la pulia y fortificaba, para lo cual llevó á México á doña Catalina Xuarez con gran fausto y compañía que se habia estado en Santiago de Cuba todo el tiempo de las guerras. Hizo enviar por mugeres y muchos vecinos de México y de las otras villas que pobló. Dió dineros para llevar de España doncellas hijas-dalgo y cristianas viejas, así fueron muchos hombres con sus hijas á costa de él, como fué el comendador Leonel de Cervantes que llevó siete hijas, y se casaron rica y honradamente (54): envió por bacas, puerocos y

[54] *De quien descenden los condes de Santiago Calimaya.*

ovejas, cabras, asnas y yeguas á las islas de Cuba, santo Domingo, san Juan del Boriquen y Jamaica para casta (entonces y aun antes vedaron la saca de caballos en aquellas islas, especialmente en Cuba por venderlos mas caros, sabiendo la riqueza, necesidad y deseo de Cortés) para carne, leche, lana y corambre, y para carga, guerra y labor. Envió por cañas de azucar, moreras para seda, sarmientos y otras plantas á las mismas islas, y á España por armas, hierro, artilleria, pólvora herramientas y fraguas para sacar hierro, y por huevos, pepitas y simientes que salen vanas en las islas. Labró cinco piezas de artilleria, de las que dos eran culebrinas, á mucha costa por haber poco estaño y muy caro: compró los platos de ello á peso de plata, y sacó con gran trabajo en Ta-co veinte y seis leguas de México donde habia unas pecesitas de ello como de moneda, y aun sacandolo se halló vena de hierro que le plugó mucho: con estas cinco y con las que compró en almoneda de Juan Ponce de Leon y de Panfilo de Narvaez, tuvo treinta y cinco tiros de bronce, y sesenta de hierro colado conque fortaleció á México, y despues le fueron mas de España con arcabuces y coseletes. Hizo asimismo buscar oro y plata por todo lo conquistado, y hallaronse muchas y ricas minas, que hincheron aquella tierra, aunque costaron la vida de muchos indios que trajeron á trabajarlas por fuerza y como esclavos. Pasó el puerto y descargadero que hacian las naos en la Veracruz á dos leguas de san Juan de Ulua, en un estero que tiene un rio para barcas, y es mas seguro, y mudó allí á Medellin donde ahora se hace un gran muelle por seguro de los navios, y puso casa de contratacion y allanó el camino de allí á México para las recuas que llevan y traen las mercaderias.

CAPITULO 53.

Como fué recusado el obispo de Burgos en las casas de Cortés.

Tenia el obispo de Burgos Juan Rodriguez de Fonseca que gobernaba las indias tanta enemiga y odio á Fernando Cortés, y tanto amor y amistad á Diego Velasquez, que desfavorecia y encubria sus hechos y servicios por donde fué Cortés infamado cuando merecia mas fama, y no pudieron Martin Cortés su padre, ni Francisco de Montejo ni el licenciado, Francisco de Nuñez su primo y otros sus procuradores tener respuesta ni despacho ninguno del obispo para lo que cumplia á la conquista de la nueva España y contentamiento de los conquistadores. Colgaban del obispo todos los negocios de las indias. Estaba el rey en Alemania como emperador y no

tenia remedio ni aun esperanza de bien negociar. Asi que acordaron de recusarlo aunque mas recio y feo pareciese. Hablaron al papa Adriano que gobernaba estos reinos antes que pasase á Italia, y al emperador: luego que vino el papa quiso entender en aquel negocio muy de raiz, por ser el obispo tan principal persona á suplicacion de Monsieur de Nasáo que era de la cámara del emperador, y habia venido á darle el parabien del pontificado, el cual favorecia á Cortés por la fama, y oidas las partes, y vistas las relaciones, mandó al obispo estando en Zaragoza que no entrase mas en negocios de Cortés, ni de indias á lo que pareció, y el emperador mandó lo mismo siguiendo la declaracion del papa. Las causas que dieron y probaron, fueron el odio que tuvo siempre á Cortés y á sus cosas llamándole publicamente traidor, que enebria sus relaciones y torcia sus servicios porqué no lo supiese el rey. Que mandaba á Juan Lopez de Recalde contador de la casa de la contratacion de Sevilla que no dejase pasar á la nueva España hombres, ni armas, ni vestidos, hierro y otras cosas: que proveia los officios y cargos en hombres que no lo merecian, como fué Cristobal de Tapia que se apasionó por Diego Velasquez por casarle con doña Petronila de Fonseca su sobrina: que consentia y aprobaba las falsas relaciones de Diego Velasquez: que ordenaron á Andrés de Duero, Manuel de Rojas y otros contra las de Cortés, y esto fué lo que le dañó y afrentó, que sonó muy mal condenar las relaciones verdaderas, y aprobar las falsas. Esta recusacion fué causa para que el obispo se saliese de la corte descontento y enojado, y Diego Velasquez fué condenado y aun removido de la gobernacion de Cuba, si no que se murió luego, y Cortés se declarase por gobernador de la nueva España con gran honra. Entendió en las cosas de las indias Juan Rodriguez de Fonseca cerca de treinta años, y mandolas muchos absolutamente. Comenzó siendo dean de Sevilla, y acabó obispo de Burgos arzobispo de Rosano, y comisario general de la Cruzada, y fuera arzobispo de Toledo si tuviera animo. Era riquísimo clérigo, y habia servido tanto tiempo y se le favorecia. Su hermano Antonio de Fonseca, se confió mucho y hurtóle, como dicen, la bendicion don Alonzo de Fonseca sobrino suyo, arzobispo de Santiago, que prestó dineros para lo de Fuenterrabia, porque no se hallaban.

CAPITULO 54.

Como fué Cortés hecho gobernador.

Despues que fué habido por recusado el obispo de Burgos, mandó el emperador que viniesen y determinasen las di-

ferencias y pleitos de Fernando Cortés y Diego Velasquez, Mercurino Gatinares gran chanciller, que era italiano, Monsieur de Nasao y el doctor de la Rocha Flamenco, Fernando de Vega señor de grajales y comendador mayor de Castilla, el doctor Lorenzo Galindes de Carvajal, y el licenciado Francisco de Vargas tesorero general de Castilla; los cuales se juntaron muchos días en las casas de Alonzo de Arguello donde posaba el gran chanciller, y oyeron à Martin Cortés, Francisco de Montejo, Francisco Nuñez y otros procuradores de Cortés, y à Manuel de Rojas y Andrés de Duero y otros procuradores de Diego Velasquez: leyeron lo procesado, y despues sentenciaron en favor de Cortés, mas por derecho y rigor de justicia que por admiracion de virtud, loando sus hazañas y servicios y aprobando su fidelidad: pusieron silencio à Diego Velasquez en la gobernacion de la nueva España, dejandole su derecho à salvo, si algo le decia Cortés; y aun pienso que le quitaron el gobierno de Cuba, porque envió con armada à Pánfilo de Narvaez. Los descargos, razon y justicia que tuvo Cortés para librarlo de aquel pleito, y darle la gobernacion de la nueva España y tierras que habia conquistado la historia, las cuentas. Los cargos de la acusacion y culpa eran, que habia sido con dineros, y poder de Diego Velasquez à descubrir, rescatar y conquistar: que no le acudió con la ganancia y obediencia: que sacó un ojo à Narvaez: que no recibió à Cristobal de Tapia: que no obedecia las provisiones reales: que no pagaba el quinto real: que tiranizaba los españoles y maltrataba los indios. Por la sentencia que dieron estos señores y por que se lo aconsejaron así, hizo el emperador à Fernando Cortés adelantado, repartidor y gobernador de la nueva España y de cuantas tierras ganase, loando y confirmando todo lo que habia hecho en servicio de Dios y suyo: firmó las provisiones en Valladolid à veinte y dos de octubre del año de mil quinientos veinte y dos: señalò al licenciado don Garcia de Paldilla, y refrendòlas el secretario Francisco de Cobos: dióle tambien cédulas para cchar de la nueva España los tornadizos y letrados; estos por que hubiese menòs pleitos y aquellos por que no estragasen la conversion. Escribióle tambien el emperador agradeciendole los trabajos que habia pasado en aquella conquista, y el servicio de Dios en quitar lo idolo. Prometiòle grandes mercedes animandole à semejantes empresas. Dijo que le enviaria obispos, clerigos y frailes para la conversion, como los pedia, y haria llevar todas las otras cosas que demandaba para fortalecer, cultivar y enoblecere la tierra. Caminaron luego con estos buenos despachos de su magestad, Francisco de las Casas y Rodrigo de la Paz: notificaron la sentencia y provision à Diego Velasquez en público pregon en Santiago de Barucoa de Cuba, el mayo adelante de veinte y tres años, de

lo cual sintió tanto pesar Diego Velazques que vino à fallecer de ello: murió triste y pobre habiendo sido riquísimo, y nunca despues de muerto pidieron nada à Cortés sus herederos.

CAPITULO 55.

De los conquistadores.

Repartia siempre Cortés la tierra entre los que la conquistaban segun la costumbre de las indias, y por la confianza que tuvo de ser repartidor general en lo que conquistase ó por hacer bien à sus amigos que los tuvo grandes, y como tuvo cédula del emperador de poder encomendar y repartir la nueva España à los conquistadores y pobladores de ella, hizo grandes y muchos repartimientos: mandó à los encomendadores tener un clerigo ó fraile en cada pueblo y cabecera de pueblo para enseñar la doctrina cristiana à los indios encomendados, y entender en la conversion, porque muchos de ellos pedian el bautismo. No dió à todos repartimiento, que fuera imposible y demasado, ni tal como ellos deseaban y pretendian, por lo cual algunos se corrieron, y otros se quejaron: ninguna cosa indigna y mueve mas à los conquistadores que los repartimientos, y por ninguna otra han caido tanto en odio, y enemistades los capitanes y gobernadores cuanto por esta; de suerte que siempre el mas necesario y honrado cargo, es el mas dañoso y envidioso. Todos los reyes y repúblicas que señorearon muchas tierras las repartieron entre sus capitanes à soldados ó à ciudadanos, haciendo pueblas para su conservacion y perpetuidad de su estado, y para galardonar los trabajos y servicios de los suyos. En España se han usado siempre y guardado despues que hay reyes, y así lo hicieron los católicos don Fernando y doña Isabel, y aun el emperador hasta que le aconsejaron al revez, pues que en Madrid el año de cuarenta y cinco mandó dar los repartimientos perpetuos que es mucho mas, sobre acuerdo y parecer de su consejo de indias y de muchos frailes dominicos y franciscos y otros letrados, que para ello se juntaron segun muchos afirman. Trabajan y gastan mucho los que iban à conquistas, y por eso los honran y enriquecen y así quedan nobles y afamados, y es buen privilegio ser caballero de conquista: si la historia lo sufriese todos los conquistadores se habian de nombrar, mas no puede ser, hagalo cada uno en su casa.

De como trató Cortés la conversion de los indios.

Siempre que Cortés entraba en algun pueblo derrocaba los idolos y vedaba el sacrificio de hombres por quitar la ofensa de Dios é injuria del prójimo; así que en las primeras cartas y dineros que envió al emperador, despues que ganó à México pidió obispos, clérigos y frailes para predicar y convertir los indios á su Magestad y consejo de indias: despues escribió á frai Francisco de los Angeles, del linaje de los Quiñones, general de san Francisco que le enviase frailes para la conversion, diciendole que les haria dar los diezmos de aquella tierra, y él envió doce frailes con frai Martin de Valencia de don Juan provincial de san Gabriel, varon muy santo, y que dicen hizo milagros. Escribió lo mismo á frai Garcia de Loaisa general de los dominicos, el cual no se los envió hasta el año de veinte y seis que fué frai Tomás Ortiz con doce compañeros. Tardaban á ir obispos é iban pocos clérigos, por lo cual y por que le parecia mas espedito tornó á suplicar al emperador le enviase muchos frailes que hiciesen monasterios, y atendiesen á la conversion y llevasen los diezmos: empero su magestad no quiso siendo mejor aconsejado, pedirlo al papa que no lo hiciera ni convenia hacerlo. Llegó á México el año de veinte y cuatro frai Martin de Valencia con doce compañeros por vicario del papa. Hizo Cortés varios regalos, servicios y acatamiento: no les hablaba vez sino con la gorra en la mano y la rodilla en el suelo, y besaba el habito por dar ejemplo á los indios que se habian de volver cristianos, y por que de suyo les era devoto y humilde: maravillaronse mucho los indios de que se humillase tanto el que tanto respetaban ellos, y así los tuvieron siempre en gran reverencia. Dijo á los españoles que honrasen mucho á los frailes, especialmente los que tenían indios que cristianar, lo cual hicieron con grandes limosnas para redimir sus pecados, bien que algunos le dijeron como hacia por *quien los destruyese cuando se viesen en su reino*, palabras que despues se le acordaron hartas veces. Llegados pues que fueron aquellos frailes se avivó la conversion derribando los idolos, y como habia muchos clérigos y otros frailes en los pueblos encomendados segun Cortés habia mandado, haciase grandísimo fruto en predicar, bautizar y casar. Hubo dificultad en saber con cual de las muchas mugeres que cada uno tenia se debian de velar los que bautizados se casaban á puertas de la iglesia, que ó no lo sabian ellos decir ó los nuestros entender, y así juntó Cortés aquel mismo año de veinte y cuatro una sinodo que fué la primera de indias á tratar de aquel y otros casos: hubo en ella treinta hombres los seis letrados, mas legos y ca-

fre ellos Cortés, los cinco clérigos y los diez y nueve frailes: presidió frai Martin como vicario del papa. Declararon que por entonces casasen con la que quisiesen, pues no se sabian los ritos de sus matrimonios.

CAPITULO 57.

Del tiro de plata que Cortés mandó al emperador.

Escribió tras esto Cortés al emperador, besando los pies de S. M. por las mercedes y favor que le habia hecho desde México á quince de octubre de mil quinientos veinte y cuatro: suplicóle por los conquistadores, pidió franquezas y privilegios para las villas que él tenia pobladas, y para Tlaxcala, Texcoco y otros pueblos que le habian ayudado y servido en las guerras: envióle 70y castellanos de oro con Diego de Soto, y una culebrina de plata que valia 24y pesos de oro, pieza hermosa y mas de ver que de valor. Pesaba mucho, pero era de plata de Meehuacan, tenia de relieve una ave fenix con una letra al emperador que decia.

Aquesta nació sin par,

Yo en serviros sin segundo

Vos sin igual en el mundo.

No quiero contar las cosas de pluma, pelo, y algodón que envió entonces, pues las deshacia el tiro, ni las perlas, ni los tigres, ni las otras cosas buenas de aquella tierra, y muy estrañas en España; mas contaré que este tiro le causó envidia y mal querencia con algunos de Cortés por amor del letrado, aunque el vulgo lo ponía en las nubes; y creo que jamás se hizo tiro de plata, sino este de Cortés. La copla él mismo se la hizo, que cuando queria no trobaba mal: muchos procuraron su ingenio y vená de coplear, pero no acertaron, por lo cual dijo Andrés de Tapia.

A que este tiro á mi ver,

Muchos necios ha de hacer (a).

Y quizá porque costó de hacer mas de 3y castellanos: envió 25y de estos en oro, y 1.556 marcos de plata á Martin Cortés su padre para llevarle á su muger, y para que le enviase armas, artilleria, hierro, naos con muchas velas, sogas, áncoras, vestidos, plantas, legumbres y semejantes cosas para mejorar la buena tierra que conquistó; pero lo tomó todo el rey con lo demas que vino de las indias entonces. Con estos dineros que Cortés envió entonces al emperador quedaba la tesoreria del rey bacia, y él sin blanca por lo mucho que habia gastado en los ejércitos y armadas, que como la historia nos ha contado habia hecho. Llegaron al mismo tiempo á México muchos criados y oficiales del rey, y de ciudad Real Alonso de

[a] Esta es adición de Chima paín.